

Con un nuevo galan se iba á Antioquia.

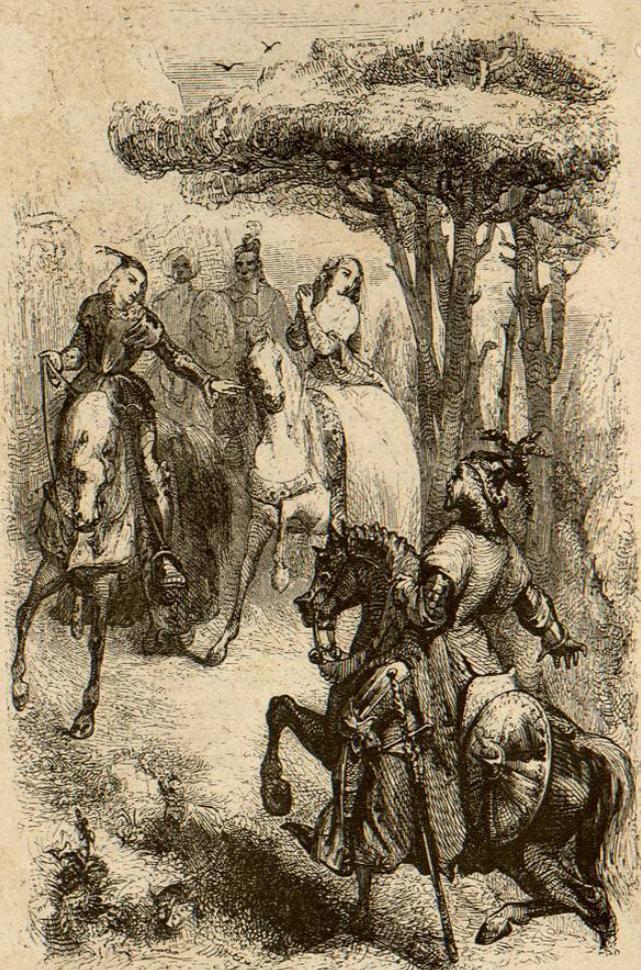
Desde que supo esta terrible nueva,  
Grifon un áspid en su pecho lleva,  
Atórméntale amor, y su tormento,  
Que la vergüenza á devorar le obliga,  
No pudiendo estallar, no se mitiga.

Mas cauto que él mil veces, Aquilante  
Reprobó su pasion; mas siempre en vano  
Alucinado amante,  
Grifon la voz desoye de su hermano,  
Y en su error mas y mas se precipita.  
Por esto, solo, y sin hablar á nadie  
Del designio que su ánimo medita,  
A partir se dispone sin tardanza  
Tras de la infiel en busca de venganza.  
En otro canto digo como á efecto  
Lleva el triste Grifon este proyecto.

### CANTO XVI.

Topa Grifon con su querida en el camino de Damasco. — Cálmale ella y condúcele á la ciudad. — Prosigue el asalto de Paris. — Prodigiosas hazañas de Rodomonte. — Llega Reinaldo con las tropas britanas á las orillas del Sena. — Batalla. — Presentase á Carlomagno un escudero que le refiere los estragos que en Paris está haciendo Rodomonte.

Muchas y graves penas  
Hace sufrir amor. En sus cadenas  
Yo casi eternamente aprisionado,  
Puedo, experimentado,  
Mejor que nadie hablar de la ventura  
Y pintár los tormentos que procura.  
No es tan triste la suerte  
(Lo digo y lo diré miétras que viva)  
De aquel que, amando, advierte  
Que honesta la beldad su afecto esquivá.  
Si esta esquivez de galardón le priva



Grifon encuentra á Origile. (T. I, p. 261.)

Que esperaba su afan; si consumido  
De languidez y amor sucumbe al cabo,  
Hallar debe á lo ménos un consuelo  
En pensar que no esclavo  
Es de beldad indigna de su anhelo.

Quéjese aquel que, siervo  
De azules ojos ó de rubia trenza,  
Mira en su dama un corazon protervo.  
Cubierto de vergüenza,  
Quiere tal vez huir; mas con su huida  
Sus males exacerba,  
Cual del dardo fatal tímida cierva  
Redobla, huyendo, la punzante herida.

Herido así, remedio en vano busca  
El buen Grifon á irremediable daño.  
De Origile el engaño  
Le exaspera, le ofusca,  
Y, con furia insensata,  
Le induce á caminar tras de la ingrata.

Sin osar, pues, hablar con el hermano,  
Que, prudente y discreto,  
Quiso oponerse á su designio insano,  
Triste se parte, solo y en secreto.  
Hácia la izquierda mano  
Declinando en seguida, el rumbo elige  
Que por el llano á Roma le dirige,  
Y ansioso galopando hácia Antioquía  
Llega á Damasco al fin del sexto día.

De esta ciudad no léjos, con la ingrata  
Encuentra luego á su raptor que huía.  
Cual á la flor la mata  
El galan á la dama convenia,  
Que pérfidos, traidores, inconstantes,  
Eran en grado igual los dos amantes.

Cubierto viene de armadura bella,  
Y en un soberbio palafren montado,  
El galan. Siguele ella  
Con manto azul y de oro recamado.

Dos pajes llevan el broquel y el casco  
 Con que á brillar el seductor se apresta  
 En la suntuosa fiesta  
 Que debe en breve presenciar Damasco,  
 Y á la que acuden, á lidiar dispuestos,  
 Héroe insignes, jóvenes apuestos.  
 Viendo á Grifon la suerte que la aguarda  
 La dama infiel en recelar no tarda;  
 Mas, astuta y sagaz, disimulando  
 Su cuita y sus afanes,  
 Ante el galan con quien tramó sus planes  
 Corre al héroe mostrando  
 Insólita alegría; entre sus brazos  
 Arrójase, y, pendiente de su cuello,  
 Lo estrecha así con pérfidos abrazos.

Y uniendo luego á una mirada tierna  
 El eco blando de una voz celeste,  
 « ¿Es este, » exclama sollozando, « es este  
 « El galardón que de su amor recibe  
 « La que tan solo por amarte vive?  
 « Sola durante un año, otro año via  
 « Léjos de tí ya comenzar, y acaso  
 « Vana de verte la esperanza mía  
 « Fuera si aquí no dirigiera el paso.  
 « Mientra, en el lecho del dolor postrada  
 « No léjos del imperio de la muerte,  
 « Impaciente aguardaba tu llegada,  
 « Supe que al suelo sirio  
 « Tus pasos dirigias. De tu ausencia  
 « No pudiendo sufrir mas el martirio,  
 « Seguí tu huella, y quise, en mi despecho,  
 « Una y mil veces traspasarme el pecho.  
 « Mas que tú compasivo el justo cielo  
 « Doble favor otorga hoy á mi anhelo,  
 « Y á mi hermano me envía,  
 « Que, á mi vida y mi honor prestando amparo,  
 « A dar con mi adorado al fin me guía.  
 « Si sí, Grifon; tu afecto me es mas caro

« Que cuanto bien encierra el universo,  
 « Y, á durar mas, tu ausencia  
 « Hubiera puesto fin á mi existencia. »  
 La dama, con reproche tan perverso,  
 Añade á los antiguos nuevo ultraje,  
 Y el buen Grifon, que á tan falaz lenguaje  
 Igual crédito da que al Evangelio,  
 Persuadido se queda de que hermano  
 Es de Origile, y no galan, Martano;  
 Y no tan solo ya de aquesta ofensa  
 Satisfacción en recabar no piensa,  
 Sino que él mismo de su error se acusa,  
 Culpable se confiesa,  
 Y al galan, á quien ve con faz confusa,  
 De acariciar y de obsequiar no cesa.

Con él despues hácia Damasco viene,  
 Y de su labio en el camino escucha  
 Que allí dispuesta Noradino tiene  
 Su gente á celebrar brillante lucha;  
 Que en su ciudad el rey  
 Sin distincion de ley  
 Seguridad á todos garantiza  
 Todo el tiempo que abierta esté la liza.

Mas no es justo, señor, que de exponeros  
 Deje yo, por hablaros de Origile,  
 Lo que en Paris en este tiempo pasa.  
 Contra sus muros, que la llama abrasa,  
 Dirigen su furor y sus aceros  
 Doscientos mil alárabes guerreros.

Ya dije cual contra uno de los puntos  
 Asalto daba con su hueste inmensa  
 El bárbaro Agramante. Por fortuna,  
 Entre las puertas de Paris ninguna  
 Tan bien cual esta defendida habia.

A Carlos en persona y á sulado  
 A la flor de su hueste allí se via,  
 Y lidiaban á cual mas denodado  
 Angeler, ambos Guidos, Angelino,

Oton , Avolio , Berenguer y Avino.

De Agramante y de Cárlos en presencia  
Ambas huestes de esfuerzo y bizzarria  
Dieron insignes pruebas aquel dia ;  
Mas del valor pasando á la imprudencia ,  
Por el suelo , sin vida ,  
Gran parte de la alárabe tendida ,  
Dejó ver por señales manifiestas  
Que pueden las hazañas ser funestas.  
Contra el campo , de lo alto del baluarte ,  
Llueven las flechas en cuajada nube ,  
Y hasta los cielos sube  
El estrépito de una y otra parte ;  
Mientras el de Argel , en su despecho aciago ,  
Solo , va por Paris sembrando estrago.

No sé , señor , si se os acuerda como ,  
Entre llamas y cieno  
Y entre torrentes de fundido plomo  
A su gente este altivo sarraceno  
Dentro dejando del ardiente foso ,  
En la ciudad de un salto se introdujo ,  
Sin moverse del cuadro lastimoso  
Que su feroz obstinacion produjo.

En su extraña armadura  
Y en la escamosa piel que la cubria  
Le reconoce la indefensa turba  
De ancianos y de débiles , que huia  
Del riesgo que do quiera la amagaba ,  
Y hácia esta se agolpaba  
Creyéndola la parte mas segura.

Un grito de dolor y de amargura  
Hasta el cielo se eleva ; y , aterrado ,  
Asilo cada cual , ora en sagrado ,  
Ora en las casas encontrar procura.  
Pocos , empero , son los que su ruina  
Consiguen evitar. De enojo infando  
Ciego el árabe , hiere y extermina ,  
Y , cabezas y brazos derribando ,



Rodomonte destroza á los habitantes de Paris. (T. I, p. 263.)

Va por do quier, sin que entre tanta gente  
Haya quien le ose contemplar de frente.

Cual del Etna ó de Hircania en el otero  
Destroza tigre ó lobo carnicero  
Débil rebaño que en desórden huye,  
El bárbaro destruye  
Aquella grey cobarde, aquella plebe  
Que la existencia conservar no debe.

De San Miguel la populosa calle  
Que conduce hácia el puente  
Va recorriendo el musulman protervo,  
Cebándose en el amo y en el siervo,  
Hiriendo al criminal y al inocente.  
Su estado al sacerdote no protege,  
Ni al tierno niño su inocencia abona.  
La vírgen, el anciano, la matrona,  
Bajo los golpes de la misma mano  
Van á morir; pues, sin que nadie mueva  
Al feroz africano, haciendo prueba  
Va, mas que de valiente, de inhumano,  
Y su terrible saña no tan solo  
En sangre de sus víctimas se ceba,  
Sino que el fuego y el espanto lleva  
Por la ciudad, que arrasa  
Sin respetar ni un templo ni una casa.

Estas, que en aquel tiempo de madera  
Eran sin duda todas, pues hoy dia  
Seis sobre diez existen todavía,  
Formaban juntas una inmensa hoguera,  
Por la cual Rodomonte atravesando,  
Paredes iba y techos derribando.

Nunca en Padua, señor, estoy seguro,  
Visteis bomba tan gruesa,  
Que capaz fuera de allanar un muro  
Cual los que el moro de allanar no cesa.  
Y si, mientras aqueste  
Con el fuego y el hierro tanto estrago  
En una parte hacia,

Por la opuesta Agramante algun amago  
 Hiciera con esfuerzo y energia,  
 Perdida la ciudad era aquel dia;  
 Mas á estorbarlo con su brava hueste  
 Vino del Norte el conductor celeste.

Con ella en tanto que, en su enojo impio,  
 A Paris incendiaba Rodomonte,  
 Llegaba el paladin de Claramonte.  
 El cual, temiendo que tal vez el rio  
 Pueda poner obstáculo á su brio,  
 Cuando atacar al musulman intente,  
 De Paris á tres leguas echa un puente;  
 Pasa por él; y luego por la via  
 Que en línea recta al frente del baluarte  
 De San Martin y San Dionisio guia,  
 Al mando de Odoarte  
 Despacha sin tardar seis mil guerreros.  
 Unidos de Ariman al estandarte  
 Dos mil jinetes de los mas bizarros  
 Manda á escoltar acémilas y carros,  
 Mientra á la izquierda él sigue otros senderos;  
 Que, con el resto de sus tropas, piensa  
 Describir una línea mas extensa.

Pasado el rio, hace romper los puentes,  
 Pone en órden sus gentes,  
 De sus jefes reclama la presencia,  
 Y desde una eminencia  
 De do descubre el campamento todo,  
 Alza la voz y dice de este modo:

« Gracias, guerreros, gracias dad al cielo  
 « Por el favor insigne que os dispensa  
 « Mandándoos á este suelo,  
 « Donde una gloria inmensa  
 « De breve afan será la recompensa.  
 « Del sabio emperador, cuyo segundo  
 « Apénas verá el mundo,  
 « Volad á la defensa.  
 « Mirad á vuestro rey, á quien jurado

« Habeis fidelidad, y que asediado  
 « Está en Paris con Carlos y con otros  
 « Reyes, duques, marqueses y barones  
 « De diferentes nombres y naciones.  
 « Salvando esa ciudad, sobre vosotros  
 « No solo lloverán las bendiciones  
 « De toda una nacion agradecida,  
 « Que de sus hijos tiembla por la vida  
 « Y que teme ver rotos  
 « De tantas tiernas virgenes los votos,  
 « Sino que, desde todos los extremos  
 « De la cristiana tierra,  
 « De que en Paris la juventud se encierra,  
 « Un unánime grito escucharemos  
 « De gratitud profunda  
 « Que desde el Asia hasta el Ocaso cunda.  
 « Si una corona á aquel que con su mano  
 « Libertaba la vida á un ciudadano  
 « La antigüedad por premio confiriera,  
 « ¿Cuántas merece, cuántas  
 « El que liberta una ciudad entera?  
 « ¡ Ah! si frustrando nuestras miras santas  
 « La envidia ó la traicion, de aquesos muros  
 « Se apoderase el bárbaro africano,  
 « Entonce, estad seguros,  
 « Por sustraerse á su furor en vano  
 « Lucharán el german, el italiano  
 « Y cuanto pueblo adora por su dueño  
 « Al que vertió su sangre sobre un leño.  
 « No entónces del Numida,  
 « Porque os separe el mar ó la distancia,  
 « Despreciaréis la saña fratricida;  
 « Pues, dueño de la Francia,  
 « ¿Qué no hará aquel cuya feroz jactancia  
 « Osó desde el estrecho gaditano  
 « Llevar la guerra al litoral britano?  
 « Y aun quando de esta empresa  
 « Ni gloria ni ventaja se consiga,